

NIPPUR DE LAGASH

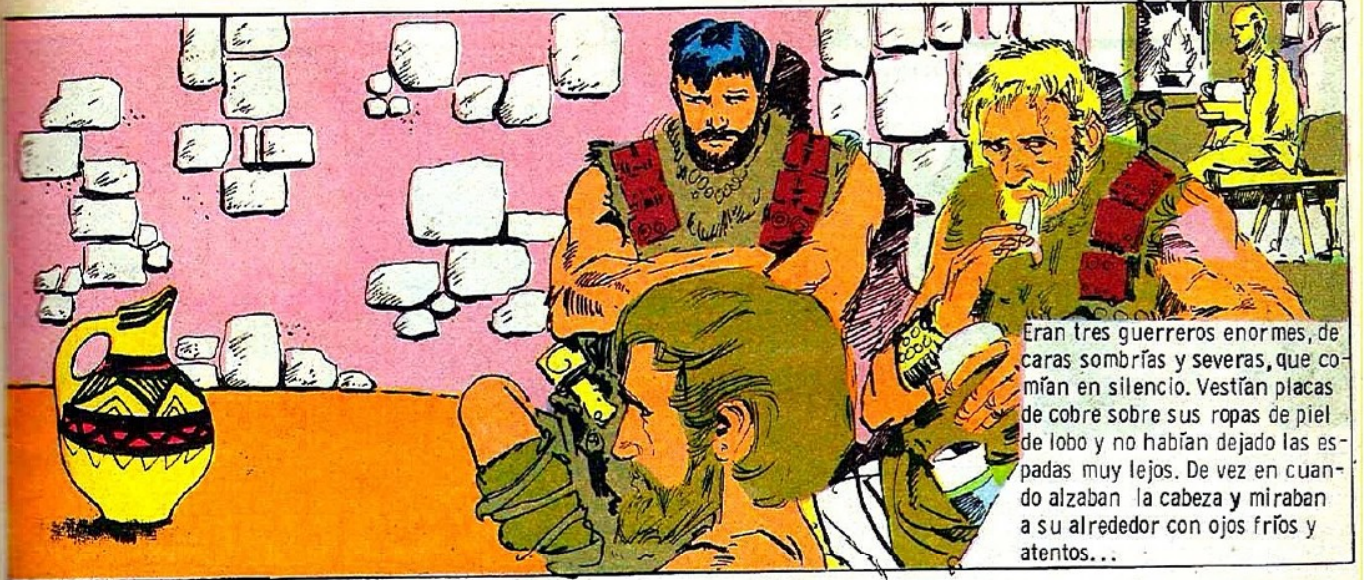
Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE
LUCHO OLIVERA



**MELODÍA
DE LA FLAUTA
Y EL
GUERRERO**



Eran tres guerreros enormes, de caras sombrías y severas, que comían en silencio. Vestían placas de cobre sobre sus ropas de piel de lobo y no habían dejado las espadas muy lejos. De vez en cuando alzaban la cabeza y miraban a su alrededor con ojos fríos y atentos...



(Guerreros contratados. Marchan para unirse a algún rey... Tal vez a Sargón... Podría preguntarles...)



(Pero prefiero no hacerlo. Tal vez no vayan a reunirse con Sargón, sino con uno de sus enemigos y eso me pondría en una situación molesta...)



¡Eh, viejo! ¡Trae más vino y más carne!



¿Por qué están todos tan callados? Tal vez no he elegido bien el lugar donde detenerme...



(Lo mejor será seguir mi camino...)



¡Eh, tú! ¿Adónde vas?



¿A mí me hablas?

A ti, claro que sí. ¿Adónde vas?

Soy hombre libre. Nada me ata a ninguna parte.

No puedes irte ahora de aquí. Este pueblo tiene que dar su tributo viviente a nuestro señor Urumil y hasta entonces nadie deberá salir de él.

Yo no pertenezco a este pueblo. Estoy de paso por él.

No me vengas con razones. Estás aquí y aquí te quedas.

Comencé a sentir que mis sienes se hinchaban de cólera ante ese hombretón lleno de corazas y vacío de razonamientos. Dejé mi morral en el suelo.

Déjame salir.

No.

Déjame salir.

Vuelve a tu lugar y siéntate.

Cerré el puño como una maza y le aplasté la cara con un furioso golpe de pugilato heleno.

¡Ahh!

¡El perro sumerio golpeó a Atti!

¡Acabaremos con él!

Fui imprudente. Había olvidado que también otros hombres son fuertes, violentos y sabios en el arte de golpear.

¡Oughhh!

¡Ahhh!

Creo que me desmayé casi de inmediato. Sólo tuve ante mis ojos una fugaz visión de pies calzados con sandalias y luego todo fue negro...

Luego ví el rostro de Aix. Yo aún no sabía que era él, con su sonrisa bondadosa y su flauta colgada del cuello.

¿Cómo te sientes, forastero? Te han molido a golpes.

Eso ya lo supongo. Mis huesos me lo dicen. ¿Dónde estoy?

En las fosas de Urumil, el señor de la región. Tú, yo y este grandulón que hori-quea en ese rincón somos los elegidos para el juego.

Sigo sin enterarme de nada. ¿Por qué luché con esos soldados? ¿Por qué no me querían dejar ir? ¿Qué son los juegos?

Veo que es cierto que no sabes nada...



Este es el castillo de Urumil, el señor de las lanzas. Hace un año que es ciego. Los campesinos murmuraron que los dioses quemaron sus ojos para castigar su maldad. Vive encadenado a las sombras como un perro enloquecido.



Todos los pueblos deben darle tres hombres una vez al año para sacrificar. Urumil no puede ver pero le agrada oír los gritos de los combatientes. Los hace luchar con campanillas de diferentes sonidos atadas al cuerpo y así advina el combate con sus oídos.



Tú has sido elegido por haberle roto la nariz al guardia. El grandulón este por tener una esposa muy bonita a la que quieren ver viuda.



¿Y tú?



Suavemente sopló tres acordes de cristal con su flauta...

¿Yo? Porque mi flauta pesca a las mujeres como peces de plata con su música. Porque me río de esos hombres olientes a sudor y grasa. Porque soy libre.



¿Cuándo será?

Un día de estos. Cuando Urumil lo desee.



¿Te someterás a esto?

Claro que no. Ya he revisado la fosa y aquí no podemos hacer nada. Las paredes son de piedra y no tenemos con qué cavar.



Sólo nos queda estar alertas...

Sí...



¿Contra quiénes luchan generalmente los prisioneros?

Depende del humor de Urumil... A veces los hace combatir contra sus guardias... Otras, entre ellos mismos.



Nos miramos un momento en silencio. La flauta de Aix volvió a sonar suavemente.



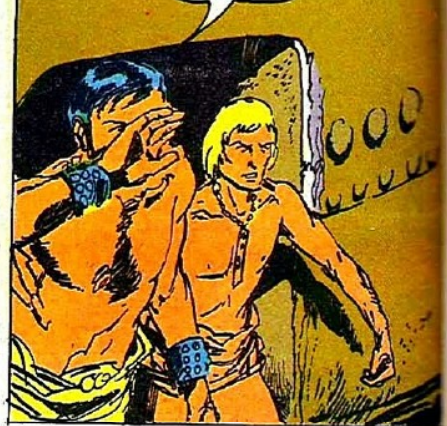
Tres días después la puerta se abrió de pronto y un torrente de luz penetró mezclado con una voz estentórea.

¡Afuera vosotros! ¡Quieren veros!



El sol nos cegó.

No veo...



Y de pronto lo ví rodeado de su séquito de guardias y cortesanos, con los ojos vacíos y una boca cruel como una trampa para matar pájaros.

¿Cómo son?



Dos son grandes y esbeltos. Uno parece muy duro y cruel. El tercero es delgado y esbelto y lleva una flauta colgada del cuello.

¿Una flauta?



¿Eres músico?

Entre otras cosas.



Toca. Quiero oírte.



Aix no vaciló. Se llevó a los labios su amarilla flauta de pastor y la primera melodía se desgranó como un reguero de semillas de flores.



Todo calló. Sólo la melodía estaba viva y se deslizaba rauda y dulce entre nosotros... El rey Urumil estiraba su cabeza hacia el sonido como un animal que ventea el bosque.



Luego, Aix calló...



Tocas muy bien. ¿Cómo lo haces?



Es simple. Tengo el corazón lleno de felicidad y de alegría y eso va en mi música.



Urumil meditó la respuesta y comprendió el desafío que había en ella. Sonrió lúgubramente.

Yo también sé hacer música, flautista. Ya lo verás. Hago música con hombres. Interpreto sonos que nunca imaginarías.



Su boca se estiró y pareció más que nunca una trampa mortal.

Yo sacaré música de tí.



Y sacarás una música que será del color de tu alma. Negra.



¡Miserable! ¡Te enseñaré a morder tu lengua...!



Pero...



¡Ouff!



Ten mucho cuidado, patán. Tu valor te pesa tanto que no puedes mantener el equilibrio.

¡Ahhhh!



¡Vete a asustar críos con tu cara de cerdo! ¡No sirves para mucho más que eso! ¡Vete!

El del rostro cruel ha apaleado a un guardia que quiso golpear al flautista.



Ah.



¿Así que son amigos? Excelente. Veremos cuán amigos pueden ser ante la muerte.



Creo que adivino lo que ocurrirá.

Yo también. La mente del es clara. Nos enfrentará.



¿Qué haremos entonces?



Su flauta sonó dulcemente en las fosas de Urumil. Mi corazón se encogió.



¿Dónde nos encontramos exactamente?

Dentro de la fortaleza de Urumil. Estos fosos están cavados debajo de ella. La construcción es alta, redonda y hecha con piedras.



La muralla está rodeada de agua pues un río pasa cerca y Urumil lo desvió por medio de zanjas para proteger aún más su reducto. Es profundo.



Si pudiéramos salir...

No creo. La sala donde se llevan a cabo los combates se encuentra en lo alto de la fortaleza.



La flauta volvía a sonar melancólicamente en las tinieblas y yo aplastaba mi cara contra las piedras frías buscando una salvación.

(Algo... alguna esperanza...)



¡Eh, tú, flautista! Preocúpate menos de la música y más de la muerte. Mañana lucharás.

Mañana? ¿Contra quién?

Contra tu amigo, el de la barba.

No lo quise mirar. El silencio fue oprimente luego de la partida del guardia y Aix comenzó a tañir su flauta pero la dejó.

No das música. Sólo ruido.

Nippur, mírame. Mañana lucharemos pero no te preocupes. Si te ofrecen la vida, lucha con todas tus fuerzas. No pienses en mí.

Cállate.

¿Por qué? Es...

¡Cállate te digo!

(Cállate, por favor, porque esas mismas palabras me las dice por dentro un Nippur cobarde cuya carne tiembla ante la posibilidad de morir.)

(Samás, padre de la sabiduría, no me dejes caer en la tentación de vivir a cualquier precio.)

Afuera vosotros tres.

Subid. Urumil espera.

Ah. Están aquí, ¿verdad? Adivino sus pisadas. Apartad' al tercero. Ese no importa. Luego crearé algo para él.

Acércate, flautista. Y tú también, guerrero. Quiero oídos. Acérquense los dos.

Dad la lanza al flautista. Deberás servirte con habilidad de ella, flautista. Está envenenada. Basta un corte para que tu enemigo muera en pocos instantes.

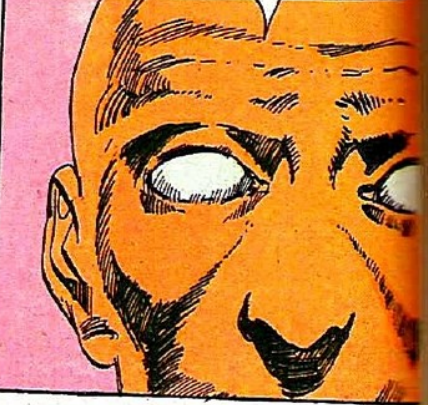
Tú recibirás un cuchillo, guerrero. Si eres herido pero matas al flautista, tu herida será quemada y quedarás libre. Te doy un arma corta pues eres más fuerte y me dicen que tienes aire de veterano.



Comenzad. Quiero oír vuestros cuerpos moverse y vuestras armas chocar.



Quiero oír música. La música que yo sé hacer sonar en vosotros. ¡Comenzad!



Nos miramos de frente, espantosamente solos sobre ese piso de piedra. No dijimos nada. De pronto Aix sonrió.



Es inútil.



¿Qué cosa?
Este rey carnicero no pulsará en mí la música que desea. No.



Si te mata (y eso lo veo muy difícil) mi flauta quedaría muda para siempre. Y prefiero morir yo y no mi música.



¡Comenzad! ¿Qué ocurre?

Golpea fuerte, amigo; y procura acertar. Tengo miedo y no quiero sufrir.



Qué valiente eres...



¡Comenzad!
¡Comenzad!

Ahora se oirá mi canto, Aix. Mi canto de guerrero. Mi música.



¡Esta!



Pero...



¡Fuera, carroña! ¡Salta, Aix!



¿Saltar...? Pero... ¡No hay chance! ¡Salta!

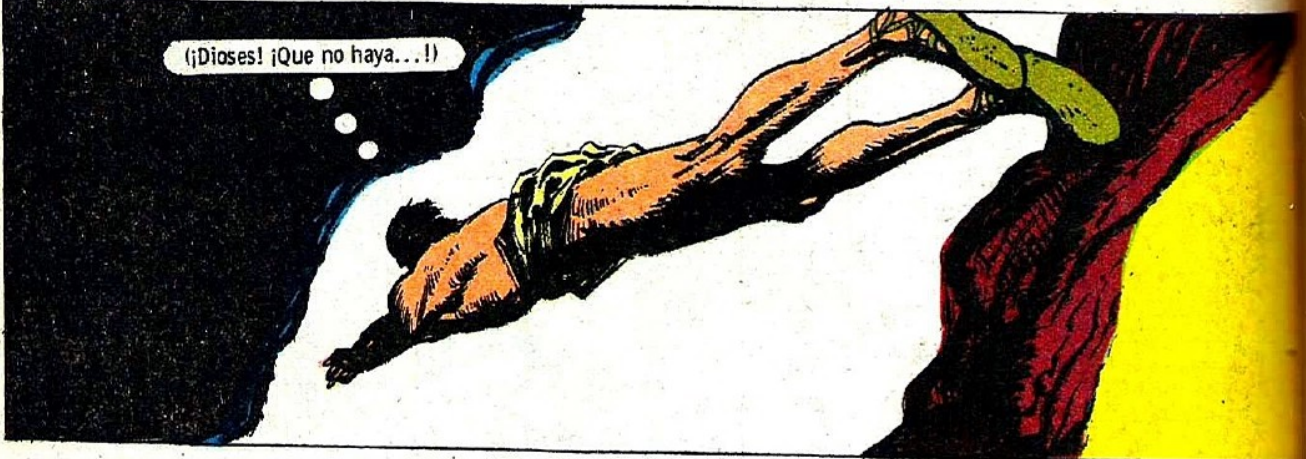


¡Voy!



¡Adiós, carroña! ¡Pelead por el trono que queda vacío y no os juguéis el pellejo yendo tras nuestro!





(¡Dioses! ¡Que no haya...!)



(No... No había... ¿Y Aix?)



¡Aquí, Nippur! ¡Ven!



¿Nos perseguirán?

Lo dudo. Deben estar mirando el cuerpo muerto de Urumil y relamiéndose ante el hueso que ha quedado sin dueño.

Vámonos. La música es de muerte ahora y tiene aullidos de chacal. Vámonos. No es lugar para nosotros ahora.



FIN